

ENCUENTRO EN EL MONASTERIO

Julio Martínez Mesanza

a Álvaro Mutis

Cuando alargó la mano, por sus trazas,
pensé que se trataba de un leproso.

Al principio no vi su gran anillo
y no supe advertir, indiferente,
que algo solemne su ademán tenía.

Levantó el rostro, y vi que estaba ciego,
que le habían cegado, mejor dicho,
pues sus ojos tenían cicatrices.

Me estremecí. Sabía ya quién era.

Vino a mi mente un resplandor violento,
la púrpura y el oro en Hagia Sofia.
Besé sus manos y abracé a mi César.